

que tomar, y es atribuir su creación á las facultades humanas obrando espontáneamente y en conjunto. La necesidad de significar exteriormente sus pensamientos y sus sentimientos, es natural al hombre: no, pues, por comodidad, ni por imitación de los animales, el hombre escogió la palabra para formular y comunicar sus pensamientos, *sino porque la palabra le es natural.*<sup>1</sup>

Steinthal opina que "el lenguaje no ha sido creado de una manera premeditada, sino que nace en el alma á cierta época del desenvolvimiento sicológico, de un modo necesario y ciego, por decirlo así."<sup>2</sup>

Grimm llama al lenguaje "emanación inmediata de la naturaleza."<sup>3</sup>

En fin, Müller dice lo siguiente: "La palabra es una facultad específica del hombre. . . . Las cuatrocientas ó quinientas raíces que quedan en los idiomas, después de la análisis más minuciosa, son tipos fonéticos producidos por un poder inherente al espíritu humano: esas raíces son la obra de la naturaleza. . . . Todo lo que es sustancial al lenguaje es el producto de un instinto mental, de una fuerza innata."<sup>4</sup>

Ahora bien, y supuesto que el lenguaje es natural al hombre, queda probado que es la obra de Dios, porque Dios es la causa, y la naturaleza el efecto: en consecuencia, la ciencia del lenguaje debe referirse á las obras de Dios, es decir, á las ciencias naturales.

He llegado aquí al término que me había propuesto, y en consecuencia, debo concluir mi disertación, acaso ya demasiado larga. Sin embargo, todavía podría reforzar mis argumentos, exponiendo las aplicaciones determinadas que la lingüística tiene á la zoología, la botánica y demás ciencias que llevan hoy el nombre de naturales; mas para no tratar este punto de una manera superficial, se necesita alguna extensión, y por lo tanto, en otra vez me ocuparé especialmente en ello, si la Sociedad tiene la bondad de escucharme, como ahora lo ha hecho.

México, Abril 3 de 1889.

1 Op. cit., pág. 90.

2 Der Ursprung der Sprache (cit. por Müller y Renán).

3 Op. cit., pág. 51.

4 Op. cit., lect. 6ª.

## EL IDIOMA OTHOMÍ.

### OBSERVACIONES

Á LA DISERTACIÓN LEÍDA EN LA SOCIEDAD MEXICANA DE GEOGRAFÍA Y ESTADÍSTICA, POR EL SR. D. GUMESINDO MENDOZA.

Sr. D. Ignacio Altamirano, secretario de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.—Muy señor mío y amigo de mi aprecio: He tenido últimamente la satisfacción de recibir algunos ejemplares de la «Disertación sobre el idioma Othomí,» escrita por el Sr. D. Gumesindo Mendoza, la cual he leído con la atención que merecen trabajos de esa clase, por desgracia raros en nuestro país, donde sin embargo, tiene el filólogo tantas y tan interesantes lenguas que estudiar.

Del examen que he hecho respecto al trabajo del Sr. Mendoza, resulta que estoy enteramente de acuerdo con algunas de sus aserciones; pero encuentro otras falsas y condenadas por la filología moderna, como voy á explicarlo, cosa que creo útil á la ciencia, y que no llevará á mal el Sr. Mendoza, pues como hombre verdaderamente ilustrado sabrá apreciar bajo su verdadero punto de vista lo que es una discusión puramente científica, en que no se mezcla la más pequeña idea de animadversión personal. En otros tiempos las controversias literarias degeneraban frecuentemente en injurias; pero hoy rara vez deja de aliarse convenientemente la libertad que cada hombre tiene de expresar sus opiniones con la dignidad y la decencia.

Comprendiendo yo de esta manera la controversia científica y la literaria, paso á tratar de la Disertación del Sr.

Mendoza, en todo aquello que me parece digno de atención.

Estoy conforme con el autor respecto á que el othomí sea un idioma abundante en onomatopeyas y en palabras compuestas muy expresivas, lo cual manifesté hace tiempo en mi obra sobre las lenguas indígenas de México,<sup>1</sup> y antes que yo lo observaron, en parte, el P. Nájera<sup>2</sup> y otros indianistas. He aquí los ejemplos que puse en mi citada obra:

Onomatopeyas.—A, respirar.—*Bu*, hacer viento.—*Hía*, aspirar.—*Y*, el dolor.—*St*, grito.—*Yü*, ahullar.—*Ytzo*, escupir.—*HE*, estornudar.—*Neku*, hipar.—*Huy*, soplar.—*He*, toser.

## PALABRAS EXPRESIVAS.

«*Tiusú*, *tzinzu*; *ti*, *tzi*, retoño; usu, la hembra, la hija.  
*Bätzi*; *bà*, engendrado; *tzi*, retoño, el hijo.  
*Kogkhai*; *kog*, dulce; *khai*, gente; el hombre de buena índole.

*Sikei*; *si*, piel; *kai*, cuerpo; el cutis.

*Ehoni*; é airado; *hmi* cara; el mal agestado.

*Yokmi*, yo, dos; *hmi* cara; el péfido.

*Mett*; *me*, el que carece; *ti*, riqueza; el mendigo.

*Dansu*; *da*, florida; *nsú*, hembra; la niña.

*Héne*; *hé*, fingir; *ME*, madre; la madrastra.

*Thuğu*; *thu*, estar colgado; *gu*, oreja; el pendiente.

*Dodo*; *do*, piedra; *do* piedra; el tonto.

*Híadi*; *hía*, luz; *tsi*, hacer; el día.

*Ngéde*; *ngé*, carne; *de* cubrir; las enaguas.

RAZANA; *RA*, una; *ZANA*, luná; el mes.

OKHA; *o*, acordarse; *kha*, santo; Dios.

Estoy también conforme con el Sr. Mendoza en otro punto de grande interés, á saber: que la imitación de la naturaleza produce palabras semejantes en idiomas de diversas familias, sin que deba, pues, atribuirse esa semejanza á la igualdad de origen en dos ó más pueblos. Esto lo comprueba bien el autor con muchos ejemplos dignos de llamar la atención á los que violentamente buscan analogía entre idiomas que no solamente carecen de ella, sino que son de sistema contradictorio.

<sup>1</sup> Volumen 1º

<sup>2</sup> Disertación sobre el othomí.

También sobre este particular escribí las siguientes palabras en mi obra referida.<sup>1</sup>

«Se ha observado que en muchas lenguas hay ciertas voces PRIMITIVAS llamadas *onomatopeyas*, las cuales imitan los sonidos, los pintan, son con toda propiedad el eco de la Naturaleza. Muchas palabras de esta especie pueden ser comunes á pueblos separados, que al principio fueron uno sólo; pero también la misma causa, el mismo motivo de imitación, pueden haber producido *onomatopeyas* semejantes entre razas diversas; esto es cosa muy natural; así es que el lingüista debe caminar con desconfianza cuando se trate de palabras que indiquen objeto cuyo sonido pueda haber motivado la expresión. Un solo ejemplo creo que será bastante para ser mejor comprendido. La palabra *rayo* ó *relámpago* es, sin duda, primitiva, pues expresa uno de los fenómenos que desde luego debieron llamar la atención de los hombres. Pues bien, encontramos que en *chino* la palabra *ley* quiere decir RAYO, y que ella es igual en forma y de idea muy análoga al vocablo huasteco LEY, que significa relámpago, y sin embargo, una y otra lengua son tan diferentes como los pueblos que las hablan. Un etimologista podría equivocarse diciendo que no sólo LEY prueba un mismo origen en el chino y en el huasteco, sino hasta en el español, pues ésta tiene *relámpago* donde *re* se puede considerar como la raíz trocada en LE en las otras dos lenguas, porque carecen de R, y porque esta letra es afin de L. Una crítica más juiciosa nos dirá que las tres raíces iguales prueban un origen común, es verdad; pero que este origen es de las voces ONOMATOPEYAS, la imitación de la Naturaleza, no la igualdad de raza ó idioma. En efecto, nada más á propósito que la palabra LEY monosílaba, para expresar la velocidad, y la L el ruido, á falta y en representación de su análoga la R: estas dos letras vemos con qué facilidad las confunden los niños y las personas que pronuncian mal.»

Respecto á lo demás que manifiesta el Sr. Mendoza en su «Disertación» tengo el sentimiento de no estar conforme, y voy á manifestar mi razones.

No es cierto que los *othomies* *crearan* su lengua, como lo repite el Sr. Mendoza en varios lugares de su opúsculo, por

1 Introducción.

la sencilla razón de que el lenguaje no es de INVENCIÓN HUMANA, sino un don gratuito con que la *causa primera*, llamada *Dios*, dotó al hombre, lo cual probaré de la manera que se quiera, sea con la ideología si nos elevamos á los primeros principios, sea con la lingüística si queremos fundarnos en la evidencia de los hechos; sea, en fin, con la Biblia si, por las creencias religiosas del que discute, pretende tomarlo como guía de sus conocimientos.

Bajo tal supuesto, comienzo con esta pregunta: ¿Qué es el lenguaje? La expresión de NUESTRO PENSAMIENTO, responderá todo el mundo sin vacilar. ¿Y qué es el pensamiento? preguntará de nuevo el que quiera elevarse más todavía. «El pensamiento, como dijo Platón hace centenares de años (y nadie puede contradecirle), es la conversación del espíritu consigo mismo.»<sup>1</sup>

Luego para hablar es preciso pensar, y para pensar es preciso hablar: tal es la verdad psicológica en toda su sencillez, y ella nos conduce fácilmente á esta consecuencia: Dios creó al hombre con la facultad de pensar, y al mismo tiempo de expresar sus pensamientos.

Daré todavía más fuerza á mi proposición. Si el pensamiento es una locución interior como evidentemente sucede, es claro que el lenguaje es un poderoso auxiliar de las ideas, de tal manera que no se comprende un raciocinio algo extenso sin el auxilio de la palabra. Lo que acontece es que familiarizados desde la cuna con el lenguaje, no paramos la atención en él; no observamos que es el lazo de la sociedad, el depósito de las verdades, la unión de lo pasado y lo presente, la expresión de las leyes, la manifestación de los efectos, la luz del mundo moral. Para comprender prácticamente el tesoro de ideas que encierra la oración más sencilla, repetiré aquí un ejemplo puesto por un metafísico moderno.<sup>2</sup> «No he querido perseguir más lejos la tierra, por temor de que irritada, hiciese daño.» Esta es una oración de aquellas que se oyen en el grado más ínfimo del estado social, y sin embargo, contiene ideas de tiempo, de acto de voluntad, de acción, de continuidad, de espacio, de casualidad, de analogía, de fin y de moral.

<sup>1</sup> In Thoot:

<sup>2</sup> Balmes. Filosofía fundamental.

Tiempo.—no he.

Acto de voluntad.—querido.

Acción.—perseguir.

Continuidad.—más.

Espacio.—lejos.

Analogía.—irritado.

Motivo y fin.—por temor de que, etc.

Casualidad.—hiciese daño.

Moralidad.—no dañar á otros.

Ahora bien, ¿se puede suponer racionalmente que el hombre mudo, es decir, en estado de imperfección psicológica inventara el idioma? No se puede admitir semejante suposición sin ofensa del buen sentido.

Así, pues, ni los otomíes, ni pueblo alguno ha CREADO UN IDIOMA, sino que éste ha aparecido espontáneamente.

Pasando á consultar la historia de las lenguas, vemos también que la supuesta creación del lenguaje y su consecuente graduación no es cierta, ya se considere á los idiomas elevándose desde el monosilabismo hasta el polisilabismo, ya se refiera su origen á la onomatopeya, como lo hace precisamente el Sr. Mendoza.

Voy á examinar, en apoyo de mi idea, las siguientes familias de lenguas: la semítica, la indo-europea, los idiomas monosilábicos del antiguo continente, el otomí en México. Me parece que con estos ejemplos es más que bastante para mi propósito.

En los idiomas semíticos, según el estudio más profundo que de ellos se ha hecho, no puede explicarse el pasaje del monosilabismo á su actual estado trilitero, de tal modo que Ernesto Renán, en su famosa obra sobre las mismas lenguas, dice «Rien n'autorise à transformer en fait historique l'hypothese du monosyllabisme primitif des langues semitiques»<sup>1</sup>

Respecto á las lenguas indo-europeas, he aquí lo que dice Chavée<sup>2</sup> en su obra «Les langues et les races.» «El examen comparativo de esos testigos imparciales que se llaman diccionarios, prueba que las nueve décimas partes del vocabulario indo-europeo desde la época más remota, están

<sup>1</sup> Pág. 96.

<sup>2</sup> Pág. 50.

formados de verbos *compuestos* con la ayuda de prefiijos, y por medio de los derivados de esas composiciones verbales.»

Sin embargo, todavía hay que añadir á lo que dice Chavée, una observación de mucha importancia. En las lenguas indo-europeas, no sólo no se encuentra el pretendido monosilabismo primitivo, sino que sus cambios en lugar de verificarse de lo simple á lo compuesto, han sido al contrario, de tal manera que van descendiendo de la polisíntesis á la síntesis, y de la síntesis á la análisis, como puede observarse en el sanscrito respecto al griego y al latín, y en este último respecto al castellano, francés ó italiano. El sanscrito, que es el tronco de las lenguas indo-europeas, es el que usa más de la composición, el más rico en terminaciones que, unidas á la radical, forman *un todo* para expresar diversas relaciones, las cuales ya en el griego y el latín se expresan con partículas *separadas*. Por ejemplo, la declinación sanscrita tiene ocho casos, la latina seis y la griega cinco; los demás casos respecto al sanscrito no se expresan con terminaciones, sino con preposiciones. En los idiomas neo-latinos ya desaparece enteramente la declinación del nombre, y toda se suple con preposiciones separadas; lo mismo sucede en diversas voces y modos del verbo, que se expresan por medio de circunloquios con los verbos auxiliares.

Por lo que hace á los idiomas monosilábicos del Este de Asia, es un hecho innegable que *nunca han salido de ese estado*, y si fuera cierta la supuesta progresión del lenguaje de lo simple á lo compuesto, ya era la ocasión, después de tantos centenares de años, de que esos idiomas se hubieran vuelto polisilábicos; tal cambio no se ha verificado, y desde tiempo inmemorial ciento ochenta millones de hombres conservan su lenguaje con el mismo mecanismo.

Véamos, en fin qué es lo que pasa cerca de nosotros mismos, con ese idioma othomí, objeto de la presente cuestión. Pues bien: el othomí rodeado de lenguas polisilábicas; estrechado por ellas, dominado por una civilización más adelantada, atraído por la riqueza del mexicano, por la perfección del tarasco, pobre en medio de la abundancia, el othomí no ha cambiado nunca; es lo mismo que el primer día, monosilábico y rudo. Suponer que el mexicano, el tarasco y demás

lenguas polisilábicas de México descienden del othomí, sería tan absurdo como suponer que el sanscrito y el griego descienden del chino.

Bastan los hechos referidos para probar mis asertos; pero quiero robustecerlos más con el testimonio de algunos lingüistas modernos. Por lo que éstos dicen, se comprenderá que es una ley filológica la siguiente: «Cada familia de lenguas conserva, desde su origen, su carácter *esencial y característico*.» «Por grandes que sean los cambios de un idioma, su verdadero sistema gramatical y léxico, su estructura en lo general, quedan invariables,» dice Guillermo Humboldt.<sup>1</sup>

El cardenal Wiseman ha escrito estas palabras:<sup>2</sup> «En cualquiera época que tomemos una lengua, la hablamos completa en sus calidades esenciales y características; puede perfeccionarse más, hacerse más rica y de una construcción más variada; pero sus propiedades distintas, su principio vital, su alma, si puedo llamarla así, parece formada enteramente y no puede variar. Si ocurre una alteración, es solamente por el nacimiento de una nueva lengua, que sale como el fénix, de las cenizas de otra; y aun cuando ocurra esta sucesión, como del italiano al latín, y del inglés al anglo-sajón, la cubre un velo misterioso; parece que este dialecto se envuelve como el gusano de seda, para pasar al estado de crisálida, y no le vemos sino cuando sale unas veces más, otras menos hermoso; pero siempre completamente organizado, y desde luego inmutable. Y aun mirándole de cerca, veremos que este primer ser contenía ya dentro de sí, preparadas las partes y los órganos que debían algún día dar la forma y la vida al estado que debía suceder.»

César Cantú<sup>3</sup> dice: «Al paso que vemos cómo se perfeccionan en la marcha progresiva de la sociedad todas las artes, no han hecho las lenguas ningún adelanto desde que nos son conocidas; no existe una sola que haya añadido *ningún documento esencial* á los que antes poseía.»

D. Ponceau manifiesta lo siguiente:<sup>4</sup> «Yo no respondo de

1 Letre á Rémusat, pág. 72. (París, 1827).

2 Discursos sobre la ciencia y la religión. Discurso 1.<sup>o</sup> (Madrid, 1884).

3 Historia universal. lib. 1.<sup>o</sup>, cap. III.

4 Memoria sobre algunos idiomas, etc.

los acontecimientos ocasionados por la fuerza, creo poder asegurar solamente que las lenguas, abandonadas á sí mismas, tienen una tendencia manifiesta á conservar su estructura y formas originales.»

Ernesto Renán se expresa de este modo: <sup>1</sup> «Los diversos sistemas de lenguas han sido adoptados de una vez; no se derivan unos de otros, se bastan á sí mismos, y llegan al mismo resultado por los caminos más opuestos: tal pueblo permanece en el estado infantil y tiene un sistema gramatical que consideramos como sabio; otro pueblo se eleva á la civilización con un idioma que parece opuesto á todo progreso.»

Pero quien más claramente se explica respecto á la hipótesis del monosilabismo, es Latham, que ha escrito posteriormente, y manifiesta su opinión de esta manera: <sup>2</sup> «Puede una palabra limitarse á una sílaba, y puede también alargarse más, es decir, que puede ser *monosílaba*, ó de otra clase diversa. La regla que nos prohíbe multiplicar causas innecesariamente, sugiere la inferencia *a priori*, de que ninguna palabra es larga sin necesidad. Algo tiene también de *a priori* lo que naturalmente se infiere, y es que todas las raíces fueron en su origen *monosílabas*. Esto, aunque en gran parte ha sido probado ya por indagaciones positivas, con dificultad podrá admitirse de *una manera absoluta* y aplicarse indistintamente.»

Destruída ya la supuesta gradación del monosilabismo al polisilabismo, queda únicamente para contradecir la no menos infundada suposición de que las lenguas *todas* sehan formado conforme á la ley de onomatopeya, es decir, imitando la naturaleza. Este es el sistema que decididamente adopta el Sr. Mendoza, pues sin la menor reticencia asienta las siguientes palabras, en la pág. 10ª de su Disertación. «*Todos* los hombres han debido formar su lengua del mismo modo que los othomíes,» esto es, imitando la naturaleza, que es lo que el Sr. Mendoza ha asentado en las páginas anteriores. Tal teoría es hasta cierto punto disculpable, porque nada seduce tanto la imaginación, tratándose del lenguaje, como suponer que el hombre, mudo todavía, procuró imitar el

<sup>1</sup> Origine du langage, 2ª edit. pág. 45.

<sup>2</sup> Elements of comparative philology, pág. 699.

gorgeo de los pájaros, el rugido del mar, el murmullo del arroyo, el soplo de la brisa, y el estruendo del rayo. Todo esto es poético, y relativamente verdadero; pero establecido de una manera absoluta y bajo el aspecto científico, es falso, no se funda en hechos, sino que los hechos lo desmienten.

Efectivamente, un sabio respetable por sus conocimientos, Federico Schlegel, hizo hace años la siguiente manifestación: <sup>1</sup> «Las hipótesis relativas al origen del lenguaje hubieran sido enteramente omitidas, ó al menos hubieran tomado otra forma, si en lugar de proceder arbitrariamente los escritores, y de entregarse á las ficciones de la poesía, hubieran emprendido fundarlas en investigaciones históricas. Pero lo que especialmente es una suposición del todo gratuita y verdaderamente errónea, es la de atribuir un origen igual en todas partes al lenguaje y al desenvolvimiento de la inteligencia. La variedad en este punto es, al contrario, tan grande, que entro el gran número de lenguas, apenas se encontrará una que no pueda servir de ejemplo para confirmar alguna de las hipótesis imaginadas hasta ahora sobre el origen de las lenguas. Por ejemplo, que se recorra el diccionario de la lengua manchú, y se verá con asombro su multitud desproporcionada de palabras imitativas y onomatopeyas, de tal modo, que esas palabras componen, la mayor parte de la lengua. Si ese idioma fuese uno de los primeros y de los más importantes; si otras lenguas tuvieran en su origen la misma conformación que el manchú, se podría adoptar la opinión que atribuye el origen de todas las lenguas á ese principio de imitación. Pero ese ejemplo no parece servir más que para demostrar qué forma toma algunas veces, ó debe tomar una lengua que puede formarse en gran parte, según ese principio, y hará renunciar á la idea de querer explicar del mismo modo los idiomas que ofrecen un aspecto del todo diferente. Que se considere en efecto la familia entera de esas lenguas, en que poco ha hemos tenido que ocuparnos (indo-europeas), y se verá que en alemán el número de las palabras onomatopeyas y que imitan los sonidos, es poca cosa, á la verdad,

<sup>1</sup> Essai sur la langue et la philosophie des indiens, lib. 1ª, cap. 5.

comparado con el ejemplo que acabamos de citar; pero es, sin embargo, considerable, y acaso no es menor que en persa. . . . En griego y todavía más en latín, las onomatopeyas se hacen más raras, y en el sanscrito desaparecen tan completamente, que parece imposible suponer un origen semejante á la totalidad del idioma.»

En comprobación de las observaciones de Schlegel, diré que el estudio particular que he hecho de los idiomas mexicanos, me ha conducido al mismo resultado que al autor alemán. En México tenemos idiomas donde abundan las onomatopeyas, como el huasteco y el mame; hay otros donde se encuentran pocas de esas voces, como el mexicano ó azteca; en algunos casi no hay palabra que pueda referirse á ese origen, como el pirinda, donde en cosa de dos mil quinientas palabras que he examinado, apenas hay tres ó cuatro que imitan la naturaleza, y, en fin, existen idiomas mexicanos, como el mixteco, donde no he encontrado una sola onomatopeya, no obstante que he leído atentamente su diccionario.

Así, pues, cada uno de estos idiomas, aun en la adopción de palabras nuevas, ha seguido su propio genio; los huastecos al conocer el perro traído por los españoles, dijeron *huahua* ó *huahuaioa*, ladrar, imitando la naturaleza; pero los mexicanos llamaron al perro *chichi*, encontrando la razón de su palabra, no en el ladrido, sino en la semejanza del perro con otro animal indígena, cuya especie ha desaparecido.

No debemos, pues, extrañar, en vista de estos hechos ú otros semejantes, que el más hábil defensor del principio de la onomatopeya, Herder, después de haber obtenido el premio ofrecido por la academia de Berlín, al mejor ensayo sobre el origen del lenguaje, renunciara á ese sistema, al fin de su vida, y adoptara la opinión de los que creen que el lenguaje es un don natural.

Queda dicho lo más preciso para combatir la infundada creación del lenguaje por los othomíes y por los demás pueblos, según la sicología y la filología; pero conforme á lo que ofrecí anteriormente, debo ocurrir á la Biblia.

Leemos en el Génesis <sup>1</sup> estas palabras:

«Luego, pues, que el Señor Dios hubo formado de la tierra Cap. II, v. 19, 20, trad. de Seoio.

rra todos los animales terrestres, y todas las aves del cielo, llevólos á Adán para que viese cómo los había de llamar, porque todo lo que Adán llamó anima viviente, ese es su nombre. Y llamó Adán por sus nombres todos los animales, y todas las aves del cielo y todas las bestias de la tierra.»

Este pasaje supone que ya Adán sabía hablar, supuesto que entendía á Dios y se hallaba en estado de formar por sí mismo sólo una parte del diccionario, los nombres de los animales; y efectivamente, en el *Eclesiástico* <sup>1</sup> se ve que «Dios concedió á Adán y Eva la razón y una lengua ó idioma, es decir, que la Biblia expone lo mismo que demuestra la filosofía y la filología, á saber: «que el hombre obtuvo, al mismo tiempo, la facultad de pensar y hablar.»

Empero, debo manifestar que todo lo dicho se supone racionalmente respecto á la base fundamental del idioma; nadie niega que recibiendo los hombres el primer material de manos de la naturaleza hayan dejado después de enriquecer el diccionario, y de alterar secundariamente las formas gramaticales.

En este sentido llamaré de nuevo en mi auxilio á algunos sabios, para que no se me crea sólo bajo mi palabra, sin embargo de que la he fundado en pruebas convincentes; á la razón añadiré la autoridad.

Guillermo Humboldt <sup>2</sup> ha dicho: «Según mi íntima convicción, debe la palabra considerarse como *inherent* al hombre.»

Ernesto Renán se expresa de esta manera: <sup>3</sup> «Lo que me parece incontestable, es que la invención del lenguaje no fué el resultado de una larga vacilación, sino de una *intuición primitiva*. . . . Si el lenguaje no es un don exterior, ni una invención tardía y mecánica, no queda sino un partido que tomar, y es atribuir su creación á las facultades humanas, obrando *espontáneamente* y en conjunto. La necesidad de significar exteriormente sus pensamientos y sus sentimientos, es *natural* al hombre: no pues, por comodidad, ni por *imitación de los animales*, el hombre escogió la palabra para formular y comunicar sus pensamientos, *sino porque la palabra es natural.*»

<sup>1</sup> Cap. 17.

<sup>2</sup> Op. cit.

<sup>3</sup> Op. cit.

Steinthal opina que «el lenguaje no ha sido creado de una manera premeditada, sino que nace en el alma á cierta época del desenvolvimiento psicológico, de un modo *necesario y ciego*, por decirlo así.»<sup>1</sup>

Grimm llama al lenguaje «emanación inmediata de la naturaleza.»<sup>2</sup>

Todavía me quedan por examinar otras dos proposiciones del Sr. Mendoza, con las cuales tampoco estoy conforme, siendo la primera la calificación que hace del othomí, llamándole *lengua madre*. Vi sobre esto que la filología actual, no admite ya esa clasificación de lenguas *madres é hijas*, tratándose de idiomas como el othomí, por las razones que paso á manifestar en pocas palabras.

Hay idiomas escritos y no escritos, idiomas que tienen una literatura y otros que carecen de ella. Respecto á los primeros es fácil señalar su genealogía, como al español respecto al latín; pero no sucede lo mismo con aquellas lenguas que carecen de monumentos gráficos, no siendo posible, por las señales exteriores de un idioma, en un momento dado, conocer su edad, en virtud de que no sólo el tiempo le altera, sino otras muchas circunstancias, como el estado de civilización, la mezcla con otras lenguas, etc. Tenemos por ejemplo de esta aserción dos idiomas de la familia semítica, el árabe y el hebreo: estas dos lenguas nacidas de un mismo tronco y con los mismos elementos primitivos, tienen, sin embargo, un aspecto muy distinto, debido á la diferente civilización de los árabes y los hebreos, y á la mayor comunicación de los primeros con diversas naciones. El hebreo sólo posee en germen los procedimientos que hacen la riqueza del árabe, mientras que este se desarrolló llegando á ser una lengua riquísima. Tanto error habría, pues en tomar al hebreo como *madre* por su excesiva sencillez, como al árabe por su perfección: ni el hebreo se mejoró volviéndose árabe, ni el árabe degeneró volviéndose hebreo: son dos lenguas nacidas en una misma época, con los mismos caracteres *esenciales*, y por ese motivo se llaman *hermanas*. Este es el calificativo que la filología moderna aplica á las lenguas análogas cuya filiación no se conoce, habiendo adoptado como lema los lingüistas estos versos de Ovidio.

<sup>1</sup> Der Ursprung der Sprache.

<sup>2</sup> Origen del lenguaje (trad. por Weymann.)

*Facies non omnibus una.—Nec diversa tamen, qualem decet esse sororum.*

En consecuencia, si en el antiguo ó en el nuevo mundo, hay lenguas análogas al othomí, como el mazahua, no debe decirse que ésta es *madre ó hija* de aquella, sino su *hermana*.

Mi última observación al Sr. Mendoza, es que éste, lo mismo que el P. Nájera, califican al othomí de *sublime*. Respecto al P. Nájera, diré que no me basta la responsabilidad de su nombre para adoptar una opinión: en primer lugar, Nájera no estaba al alcance de los últimos conocimientos en filología, fruto del estudio de varios hombres, que va acumulando el tiempo; en segundo lugar, ya no estamos en la época en que se agachaba la cabeza con el «*magister dixit*»; los modernos decimos *magister probabit*. Así, pues, me fué fácil en mi libro sobre los idiomas mexicanos, contradecir algunas teorías de Nájera, y ahora procuraré hacerlo también respecto á la calificación de *sublime* que dió al othomí, tratando yo de demostrar, que por el contrario, es pobre, grosero ó inculto, en una palabra, *imperfecto* como idioma.

¿Qué es el idioma? Ya he respondido á esta pregunta y observado que todo el mundo lo sabe. El idioma es la expresión de nuestro pensamiento. En consecuencia, un idioma será perfecto, es decir, *conforme á su objeto*, siempre que exprese bien el pensamiento con todas sus relaciones. Véamos ahora si el othomí expresa satisfactoriamente las ideas y sus modificaciones, examinando su diccionario y su gramática, porque de esos dos elementos se compone un idioma. El diccionario, las palabras, son el *material* de una lengua; la gramática es la forma.

Supuestos estos principios, comienzo por recordar lo que dije al principio de esta carta, y es que estoy conforme con el Sr. Mendoza en que el othomí tiene muchas onomatopéyas; pero de esto no se infiere que sea rico en ellas, relativamente á otros idiomas. Efectivamente, el othomí es monosilábico, y por lo tanto no puede imitar bien la naturaleza en aquello que refiere palabras largas. Por ejemplo, para expresar el grito de la gallina, decimos en español *cacarear*, y aquí está bien imitada la naturaleza; porque

se trata de un grito *prolongado* que requiere varias sílabas, cosa que no puede verificar un idioma monosilábico. Otro ejemplo daré, tomado también del castellano, y conforme á la ingeniosa análisis de un lingüista, cuya obra tengo presente, y se refiere á las palabras *relámpago* y *títulación*. «En la voz *relámpago* la *onomatopeya* consiste primeramente en la sílaba *re*, cuyo sonido *recio, fuerte y vibrante*, nos hace concebir la idea del ruido; después, en la sílaba *lamp*, que se produce por un solo sacudimiento de la lengua al pronunciar la vocal *a*, y cortando este sonido casi al mismo tiempo, por medio de la simple presión de los labios, que nos obliga á ejecutar la combinación de las dos labiales *mp*, y de este modo nos da aquella sílaba la idea de la rapidez, por la ligereza con que movemos la lengua para pronunciar las tres *amp* reunidas. Sigue la *onomatopeya* en las últimas sílabas *ago*, de las cuales la primera, por su combinación con la *p*, produce un sonido forzado, semejante á un estallido, y hace que la última sílaba *go* resulte tan breve como puede serlo una sílaba en que no se quiere emplear fuerza alguna. Por último, la *onomatopeya* queda perfecta con la acentuación que damos á la palabra *relámpago*, pues en la combinación de toda ella, la sílaba *re* con que empezamos á pronunciarla, nos da además la idea del ruido, de la repetición (que es propia de esta sílaba en nuestra lengua); y la fuerza y la tardanza con que apoyamos la entonación de la voz *lamp* juntas á la prontitud con que emitimos naturalmente las dos últimas sílabas *ago* que van desliziándose, por decirlo así, hasta desvanecerse el sonido de la última, nos hacen formar una comparación instantánea, esto es, la idea de una cosa *ruidosa, movable, pesada en uno de sus extremos, ligera y débil en el otro y que éste se agita ó vibra con velocidad*, á la manera de lo que sucede, v. g., con una espada delgada cuando la sacude una mano robusta. Lo mismo respectivamente podemos decir de la voz *títulación*: la sílaba *ti*, compuesta del sonido golpeador dental *t*, y de la vocal *i* que es el más agudo que puede formar la voz humana, conviene á todo lo pequeño, delgado y ligero. La repetición de esta sílaba trae á la memoria la repetición del movimiento de cualquier objeto material que tenga aquellas cualidades y haciendo nuestro entendimiento por este medio una

comparación repentina, empleamos la palabra *títulación* para expresar la sensación que nos causa interior ó exteriormente cualquier movimiento *acelerado, suave y agradable*.»

También he manifestado que estoy conforme con el Sr. Mendoza en que el othomí tiene voces compuestas, *expresivas*, y agregó que esto suele comunicar al lenguaje cierta viveza y colorido; pero la frecuencia con que el othomí compone, demuestra precisamente su pobreza. Carece de suficiente número de palabras *simples* que corresponden á otras tantas ideas, y tiene que suplirlas por medio de una composición que llega al exceso y hace incurrir en anfilogías. Por ejemplo: el castellano que es un idioma rico, tiene tres palabras para expresar otras tantas ideas, que son: *superficie*, *rubia*, *oro*. El othomí sólo tiene superficie *superficie y rubia*; para decir *oro* junta las otras dos palabras, de lo cual resulta equivocación, pues hay varias *superficies* que tienen la circunstancia de ser rubias.

En palabras que expresan cosas metafísicas es tan pobre el othomí, que tiene necesidad de valerse de comparaciones materiales, y esto lo comprueban muchos ejemplos de los que pone el Sr. Mendoza, aunque con distinto fin á veces, con el de manifestar que el idioma tiene filosofía. Yo no encuentro esa filosofía, sino generalmente procedimientos puramente supletorios de lo que falta al idioma. He aquí algunas pruebas, con las cuales me haré comprender: Para expresar el *recuerdo* ó la *memoria*, usan los othomís la palabra *o* que significa *retiro* ó *recámara*. La voz *uho*, hermoso, suple todas las ideas; *bueno, aplo, justo, urbano*, y otras varias. Con la palabra *may*, el corazón, se dice también alma, índole, afecto del ánimo. *Ntzo* significa feo y malo; *té* alto y noble; *té* hacer y crear.

La pronunciación del othomí es de una dificultad tan grande, que es casi imposible aprenderle bien si no es desde la infancia. La modificación que sufren las vocales es tan confusa, que el gramático que mejor acertó á explicar el othomí, D. Luis de Neve y Molina, tuvo que adoptar trece vocales para darse algo á entender. Respecto á las consonantes es tal, para explicarlas, la variedad de sistemas entre los lingüistas del país, que se han hecho ininteligibles, inventando en balde acentos, puntos, líneas, y signos de to-

das clases, y agregando letras como *ng, nm, nng, mm*, etc. Sin embargo de todos estos esfuerzos el mismo P. Nájera, que llamó *sublime* al othomí, confiesa <sup>1</sup> «que todo lo hecho ni da una regla fija para la pronunciación, ni pone en claro totalmente cuál debe ser en ciertos casos.»

Pero lo que, sobre todo, nos confirma respecto á lo que vale realmente el othomí, es la variedad verdaderamente anárquica, fuera de toda regla, de todo sistema, que existe entre los que hablan el mismo idioma, pues son tantos y tan diversos sus dialectos, que, como lo confirman los antiguos misioneros y los modernos observadores, en cada pueblo hay diverso modo de hablar, al grado que los de un rumbo suelen no entender á los de otro.

Mi última observación sobre el diccionario othomí acabará de confirmar el juicio que formo. Un idioma *sublime*, es decir, elevado, excelso, rico, no sólo no tiene signos para cada idea capital, sino para sus diversas modificaciones. En castellano, por ejemplo, para expresar los diversos grados de un mismo afecto decimos: *estimar, querer, amar y adorar*. ¡Qué gradación tan propia de nuestros sentimientos! Estimamos á un amigo, queremos á un pariente, amamos á nuestros hijos y adoramos á Dios. Acaso el idioma más rico en sinónimos sea el árabe, según puede verse de la memoria de Hammer intitulada *Das kamel*, donde consta que este idioma tiene 5744, palabras sólo para decir *camello*.

Pues bien, el othomí no sólo es rico en sinónimos, sino que abunda en todo lo contrario, esto es, en homónimos, en palabras que cada una expresa diversas ideas, dando lugar á la mayor confusión, cosa que Nájera confiesa también cuando dice: «Muchas palabras, aun *con los mismos tonos*, significan distintas cosas.» He aquí ejemplos sacados la mayor parte del citado Nájera, á quien deseo refutar con sus propias armas.

- A*, el blanco, el fin, conseguir el fin.  
*Bá*, usar, uso, pecho de mujer, ubre, leche.  
*Bi*, temer, temblar.  
*Buy*, vivir, vida.  
*Da*, cocido, digerir.

<sup>1</sup> Op. cit.

- Dá*, madurarse, maduro, á propósito.  
*Hí*, sonar, comenzar, tejer.  
*Híá*, inquirir, palabra, idioma, aspirar, el aire, la luz.  
*Hog*, dulce, honesto, el caballero por sus portes.  
*Kí*, venerable, remover.  
*Ku*, leve, ligero.  
*Kuy*, gustar, sabor, hacer algo, correr, acosar, perseguir.  
*Má*, desagradar, fastidiarse, estar lleno.  
*Me*, esperar, condensar, señor de alguna cosa, habitante de la casa.  
*Nho*, bueno, hermoso, perfecto, justo, urbano.  
*Na*, lleno, el camino.  
*Phé*, gobernar, gobierno.  
*Ra*, igual, semejante.  
*Sa*, benévolo, benevolencia.  
*Sí*, plano, color, corteza, hoja, extender, cutis, acaso, por ventura.  
*Téi*, el pasto, la paja.  
*Tí*, el ebrio, embriagarse, ofuscar, confundir.  
*Tso*, meramente, propiamente, sanar, gozar de salud, la punta, la cúspide de un cuerpo, por dentro, lo interior, lo agudo, lo dividido.  
*Tsí*, rechinar, disminuir.  
*U*, la sal, ahora.  
*Za*, redondo, redondez, el arco, levantar un arco.  
*Za*, la leña, leñar.  
*Itu*, elegir, beber.

Voy ahora á hablar, aunque brevemente, de la *forma* del idioma othomí, para convencernos enteramente de que no es otra cosa esa lengua, sino una *gerigonza bárbara*.

La gramática propiamente dicha, el verdadero sistema gramatical, consiste en dos circunstancias: 1.<sup>o</sup> En que estén bien determinadas las categorías del lenguaje ó sean las partes de la oración. 2.<sup>o</sup> En que se puedan expresar clara y sencillamente las diversas relaciones de cada parte del discurso.

En othomí, las categorías gramaticales se hallan tan poco determinadas, que una misma palabra ya es sustantivo, ya adjetivo, ya verbo ó adverbio. En *na, uho, uho, ye, na, lu, he, uho*, «la bondad del varón es buena y le está bien;» tenemos que *uho* es sustantivo, adjetivo, verbo y adverbio, como se ve de

la siguiente análisis. *No*, aquella (por la) *who*, bondad; *who*, bueno (del buen); *ye*, barón; *na*, partícula de la tercera persona de indicativo, con que se conguja como verbo el nombre; *who*, ser buena (es buena); *he* ó *ha* y *who*, bien.

Es cierto que hay algunos medios en othomí para distinguir, á veces, las partes de la oración; pero esos medios son verdaderos *suplementos* de lo que directamente falta al idioma, y prueban su imperfección gramatical, demuestran los escasos recursos á que está atenido para no ser completamente ininteligible.

Los accidentes del nombre no se encuentran en othomí, es decir, no hay terminaciones, prefijos ni signo propiamente dicho para expresar el género, número, caso, comparación, aumento y disminución. Todo esto se suple imperfectamente por medio de circunloquios. Por ejemplo, el número singular se marca con *na*, que significa *uno* ó *una*, y el plural con la partícula *ya*, ó *é*, que según Nájera, quiere decir *llovía*, sirviendo la abundancia de gotas de agua para indicar pluralidad.

El verbo othomí es tan pobre, que no tiene más que la voz activa; y como activos se usan aun los verbos neutros contra todo principio ideológico. Los modos propiamente dichos, es decir, que tengan algún signo perspicuo para distinguirse, no son más que dos, indicativo é imperativo. Lo demás se suple, por ejemplo, para decir en othomí «quiero hacer,» se suple el infinitivo con el futuro, diciendo «quiero haré.»

No hay tampoco terminaciones ni otro signo para expresar la persona ni el número en el verbo: es preciso hacerlo con el pronombre, como si dijéramos:

Yo amo.	Nosotros amo.
Tú amo.	Vosotros amo.
Aquel amo.	Ellos amo.

Aun el pronombre posesivo carece de plural, y se suple con el personal; *ma*, mío; *he*, nosotros, *ma*, *te*, *he*, literalmente «mío, padre, nosotros.»

Pero no sólo en desinencias ú otra clase de signos es pobre el othomí, sino aun en partículas separadas, que suplen bien en otras lenguas ciertas formas gramaticales. Los

idiomas neo-latinos, v. g., carecen de terminaciones para el caso; pero tienen preposiciones bastantes con que expresar las mismas relaciones. El othomí, aun en esto es tan ruin, que á veces no hay medio para conocer el sentido de las palabras sino su simple posición. Por ejemplo, *na*, *ma*, *okhá*, literalmente, aquella madre Dios, esto es, «la madre de Dios,» sólo la posición expresa *de*.

Pocas palabras hay que tengan por sí sentido adverbial: la mayor parte de los adverbios se suplen con adjetivos.

En conjunciones es tan pobre la lengua, que según Neve<sup>1</sup> no las hay disyuntivas, aunque otros traducen *qua* por *ó*.

Tal es en realidad el idioma othomí, verdadera *gerigonza* como le he llamado. Puedo extender todavía más mis observaciones, y lo haré si fuere necesario; por ahora ya me parece bastante, y doy punto á esta carta, suplicando al señor secretario de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, dé cuenta con ella.

San Cosme, Julio de 1872.

1 Reglas de ortografía, Diccionario y arte del othomí.